

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Migraciones

EL CALEIDOSCOPIO DE LA MIGRACIÓN EN EL SUR Y NORTE GLOBAL MOVILIDAD, TRABAJO Y VIVIENDA

Mariela Paula Diaz
[Comp.]

**EL CALEIDOSCOPIO DE LA
MIGRACIÓN EN EL SUR Y NORTE
GLOBAL**

MOVILIDAD, TRABAJO Y VIVIENDA

El caleidoscopio de la migración en el sur y norte global : movilidad, trabajo y vivienda / Guido Bonano ... [et al.] ; Compilación de Mariela Paula Díaz ; Prólogo de Sonia Vidal-Koppmann. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Grupos de trabajo de CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-832-9

1. Migración. 2. Viviendas. 3. Trabajadores. I. Bonano, Guido II. Díaz, Mariela Paula, comp. III. Vidal-Koppmann, Sonia, prolog.

CDD 304.8098

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Migración / Movilidad / Trabajo / Informalidad / Pobreza / Globalización /
Cultura / Estado / Políticas Públicas / América Latina

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

**EL CALEIDOSCOPIO DE LA
MIGRACIÓN EN EL SUR Y NORTE
GLOBAL
MOVILIDAD, TRABAJO Y VIVIENDA**

Mariela Paula Diaz
(Comp.)

Grupo de Trabajo CLACSO
Grupo de Trabajo Migraciones y Fronteras Sur-Sur



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Pablo Vommaro - Director

Rodolfo Gómez - Coordinador

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Pablo Vommaro - Director de Investigación

CLACSO - Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemanni - Producción Editorial

Área de investigación

Natalia Gianatelli - Coordinadora de Investigación

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres, Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik -
Equipo de Gestión Académica



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

1ª edición: *El caleidoscopio de la migración en el Sur y Norte Global: movilidad, trabajo y vivienda* (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2024).
ISBN 978-987-813-832-9



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Sonia Vidal-Koppmann Prólogo	9
Mariela Paula Diaz Presentación	13
APARTADO 1. MIGRACIÓN ANDINA EN LA VILLA 20 Y PLAYÓN DE CHACARITA (CIUDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA): TRAYECTORIAS, MOVILIDAD Y PARTICIPACIÓN EN BARRIOS POPULARES	
Mariela Paula Diaz Trayectorias laborales y residenciales de mujeres migrantes en villas de la Ciudad de Buenos Aires. Trabajo y vivienda en contextos de plurilocalidad	21
Facundo Corti “¿Quién no quiere estar mejor?”. Efectos de la política habitacional en las percepciones de clase y expectativas de movilidad social en hogares migrantes del Playón de Chacarita (CABA, Argentina)	47
Sofía Lifszyc Transformaciones y procesos de valorización del espacio urbano a partir de la reurbanización del Playón de Chacarita (2017-actualidad). Una mirada desde la migración peruana	67
Francisco L'Huillier Participación popular en el proceso de re-urbanización de la Villa 20. Un análisis desde las experiencias migrantes	91
APARTADO 2. EXPERIENCIA MIGRANTE EN ARGENTINA Y OTROS BARRIOS POPULARES	
María Mercedes Di Virgilio y Natalia Debandi El acceso a la vivienda y la cuestión migrante. El caso de la Ciudad de Buenos Aires en la post pandemia	115
Denise Brikman y Mercedes Najman Movimientos migratorios y movimientos cotidianos. Patrones de movilidad cotidiana y modos de habitar la ciudad de los/as migrantes que residen en barrios populares	141

Bryam Herrera Jurado

Del campesinado en la cordillera al “trabajo esencial” en Buenos Aires.
Experiencias de clase intergeneracionales de migrantes de Perú | 165

Guido Bonano

La Feria Latina de la Villa 31 como espacio de bienestar restringido | 187

Federico Rodrigo

Producción de ciudad y extranjería. Migrantes bolivianos/as y política territorial en la ciudad de La Plata | 213

APARTADO 3. EL ACCESO A LA VIVIENDA Y TRAYECTORIAS DE MIGRANTES EN EL SUR Y NORTE GLOBAL**Elizabeth Zenteno Torres, Paola Contreras Hernández y Macarena Trujillo Cristoffanini**

Acceso a la vivienda desde la interseccionalidad. Precarización habitacional de mujeres venezolanas en Chile | 241

Héctor Parra García

Hábitat popular en clave étnico-migratorio. Comunidades indígenas oaxaqueñas en Los Ángeles (California, Estados Unidos) | 263

Omar Pereyra, Andrés Devoto, Erick Lau, Pamela Hartley-Pinto y Miguel Ángel-Santiváñez

Vidas segregadas: Trayectorias residenciales de migrantes venezolanos/as en Lima Metropolitana (Perú) | 283

APARTADO 4. EXPERIENCIAS LABORALES Y DE MOVILIDAD DE MIGRANTES EN EL SUR Y NORTE GLOBAL**Line Françoise Lucienne Crettex**

De la invisibilidad social a las marchas públicas: el caso de las trabajadoras del hogar afiliadas a una asociación civil en Barcelona (España) | 303

Gilles Laferté, Eleonora Elguezabal y Violaine Girard

¿Dejar la capital para instalarse en una zona rural? Los límites de una política de inclusión social a través de la movilidad territorial (Francia, 2019-2023) | 325

Bruno Miranda, Junek Vargas, Víctor Villarreal y Jana Sosa

Fugadas del Talibán. Instalaciones espaciales de migrantes de Afganistán en las fronteras de México | 349

Natalia Cidade

Informalidad e precariado na experiência urbana de refugiados africanos no Rio de Janeiro | 371

Sobre las autoras y autores | 387

DEL CAMPESINADO EN LA CORDILLERA AL “TRABAJO ESENCIAL” EN BUENOS AIRES

EXPERIENCIAS DE CLASE INTERGENERACIONALES DE MIGRANTES DE PERÚ¹

Bryam Herrera Jurado

INTRODUCCIÓN

La historia de la migración peruana en Argentina puede dividirse en dos momentos. El primero, que inicia a mediados del siglo XX, tiene por actores a varones jóvenes y profesionales de la pequeño-burguesía peruana cuyo objetivo era realizar estudios universitarios y especializarse laboralmente (Pacecca, 2000; Rosas, 2010). El segundo inicia en la década del noventa, cuando la migración peruana crece exponencialmente. Mientras que en 1980 el número de peruanos/as en el país era muy bajo (8.561), en tan sólo diez años aumentó más de un 400%, pasando de 16.634 a 88.260 entre 1991 y 2001 (Cerrutti, 2005). La década posterior, según el censo de 2010, nos da un total de 153.152 peruanos/as habitando en Argentina. De este número, el 71,9% vive en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) y, aproximadamente, el 38,4% en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).² Población, la de CABA, sobre la cual hemos de centrarnos en el presente artículo.

1 El presente trabajo es un adelanto de mi investigación doctoral, dirigida por el Dr. Pablo Dalle.

2 Según datos del Instituto Nacional de Estadística e Informática de Perú (INEI, 2021), en Buenos Aires radica el 10.3% de las personas peruanas emigradas; siendo

Por otra parte, la migración peruana también cambió cualitativamente. A partir de la década del noventa, las personas peruanas pasan a ser migrantes económicos clásicos, los cuales migran principalmente para trabajar (Rosas y Gil Araujo, 2020). También cambia el índice de feminidad, el cual se incrementa considerablemente, pasando a ser más las mujeres que los varones (Herrera Jurado, 2020). Este incremento se debe a que las mujeres tienen mayores facilidades para conseguir empleo que los varones, pues aquellas tienen un nicho laboral en el empleo doméstico y tareas afines, como el cuidado de ancianos (Bruno, 2007 y Rosas, 2010). Asimismo, se destaca que, por ser una migración reciente, la peruana es una población joven, estando en su mayoría en edad laboral, y con elevados índices de actividad. Según el último censo, más del 80% de las personas peruanas en edad económicamente activa está ocupada. Y, de entre las personas ocupadas, el 76,3% es obrera o empleada.

Otra peculiaridad de las personas migrantes peruanas es que éstas, a diferencia de las migrantes limítrofes, tienen mayor nivel educativo formal, con por lo menos el secundario completo. Lo cual no impide que se devalúen sus credenciales educativas al llegar a Argentina, obteniendo empleos con condiciones más precarias que los/as trabajadores/as nativos/as (Cerrutti y Maguid, 2007); como tampoco impide que buena parte diga haber migrado para trabajar (55%) y no así para estudiar (24%) a Argentina (Debandi *et al.*, 2021).

El racismo, sobre todo en su forma clasista, la cual tiende a situar en segmentos precarios de la clase trabajadora a los sujetos que poseen orígenes migratorios, rasgos corporales y formas culturales que remiten al mestizaje (Margulis y Urresti, 1999), también es operado contra las personas trabajadoras peruanas, afectando y limitando sus trayectorias laborales (Herrera Jurado, 2022a).

Datos, todos ellos, que señalan características sociodemográficas comunes compartidas por este grupo. Elementos que permiten, no sólo afirmar que la población migrante peruana —y limítrofe— en Buenos Aires tiende a ubicarse dentro de la estructura social local en posiciones de clase trabajadora, sino también que, de este grupo, buena parte engrosa un segmento precario de la clase trabajadora, existiendo inclusive ciertos empleos o rubros económicos a los cuales tienen más acceso.³

la ciudad con mayor cantidad de población peruana emigrada fuera de Perú en el mundo.

3 Proceso que ha suscitado un debate en torno a sus causas; habiendo trabajos que hacen énfasis en la forma mediante la cual las personas migrantes obtienen mediante relaciones étnicas dichos empleos (Vargas y Trpin, 2005; Herrera Jurado, 2022a), y

No obstante, lo que hace a un grupo de personas pertenecer a la clase trabajadora, o a un segmento de la misma, no es únicamente la desposesión de los medios de producción —el sólo poseer su fuerza de trabajo como medio de obtención de las condiciones materiales que le permiten la subsistencia (Marx y Engels, 1975)— o su nivel educativo. La clase trabajadora, antes que una determinación de la estructura sobre los sujetos, antes que ser una mera consecuencia de lo que necesita o no necesita el sistema económico capitalista, es una relación social histórica que unifica procesos aparentemente inconexos y que toma forma cuando algunas personas, a partir de experiencias comunes heredadas y compartidas, sienten y articulan una identidad de intereses en común y en oposición a las de otras personas, cuyos intereses son opuestos (Thompson, 2012). La clase trabajadora, cómo señalara E. P. Thompson, se formó a sí misma; lo mismo que sus distintas fracciones. Porque, como han observado los críticos de la presunta homogeneidad y universalidad de la clase trabajadora (Robinson, 2019), la clase trabajadora desde sus orígenes enfrentó divisiones ligadas a la xenofobia y al racismo, formándose segmentos diferenciados en su interior.

En este sentido, el presente capítulo se propone explorar las experiencias heredadas y compartidas comunes, las relaciones sociales de clase intergeneracionales, mediante las cuales las personas trabajadoras peruanas en la CABA dan forma a un grupo particular de la clase obrera argentina. Más específicamente, a continuación hemos de: primero, describir las experiencias de clase heredadas de estos migrantes, empleando para ello las trayectorias laborales de sus padres, madres, abuelas y abuelos en Perú; en segundo lugar, dar cuenta de las primeras experiencias laborales de las personas trabajadoras peruanas, las cuales tuvieron lugar en Perú; y, por último, analizar las trayectorias y situaciones laborales de los miembros de este grupo migrante desde su llegada a Argentina hasta 2021, que fue el segundo año de la pandemia mundial provocada por la enfermedad COVID-19, concentrándonos en los rubros del comercio y las tareas de cuidados.

METODOLOGÍA

Realizado en el marco de la primera etapa del trabajo de campo de la tesis doctoral del investigador, el presente estudio utiliza una metodología cualitativa basada en entrevistas en profundidad y observación participante. El registro inició en junio de 2019 y finalizó en julio de 2021. La observación participante se realizó sobre todo en la comuna

otros, como los ya mencionados, que enfatizan en el racismo como factor estructural determinante.

con mayor cantidad de población peruana en la CABA, la Comuna 3, integrada por Balvanera y San Cristóbal (Govea, 2012). Allí se registraron especialmente las actividades de las personas peruanas en sus lugares de trabajo y en la vía pública.

En simultáneo, se realizaron diecinueve entrevistas en profundidad a personas trabajadoras de Perú que habitan en la CABA. De las personas entrevistadas, diez son mujeres y nueve varones; teniendo entre 26 y 65 años, con un promedio de edad de 42 años y un promedio de tiempo residiendo en la CABA de 20 años. Todas migraron a partir de la década del noventa a la CABA.

La pandemia provocada por la enfermedad del COVID-19 y las distintas restricciones implementadas por el Estado argentino para reducir el contagio en su territorio nacional, supusieron cambios en el transcurso del trabajo de campo. En primer lugar, en las épocas de mayores restricciones se interrumpió la observación participante. En segundo lugar, para no interrumpir la totalidad del trabajo de campo debido a los cambios en los protocolos sanitarios durante 2020 y 2021, las entrevistas pasaron a adquirir un formato híbrido, siendo en algunos casos presenciales y en otros virtuales.

Debe agregarse además que el investigador nació en Perú y posee orígenes sociales en la clase trabajadora, conformando aquello que los estudios migratorios denominan la generación 1.5. Es decir, aquellas personas que migraron antes de los 5 años y realizaron los estudios primarios en la posmigración. Tales orígenes migratorios posibilitaron el contacto con los tipos de informantes clave que suele producir mayor confianza: amistades y familia (Restrepo, 2016), quienes me pusieron en contacto con buena parte de las personas entrevistadas.

El análisis de las entrevistas y de los cuadernos de campo fue realizado empleando la técnica del análisis temático. Una vez transcrito el material, se hicieron lecturas y codificaciones sucesivas, a través las cuales fueron emergiendo ciertas pautas, las cuales, si bien en un principio se mostraban como aisladas, fragmentarias y particulares, al final del análisis dieron forma a procesos más generales que hemos de ver a continuación.

EXPERIENCIAS HEREDADAS DE CLASE

La experiencia campesina forma parte del legado común de las personas migrantes peruanas en Buenos Aires. Los abuelos y abuelas de buena parte de las personas entrevistadas se dedicaban al trabajo agrícola y ganadero, sobre todo en las regiones del interior de Perú. Víctor, por ejemplo, que trabaja en una verdulería, tiene 39 años y hace 14 años vive en la CABA, nos cuenta:

Somos del campo. Nosotros somos del campo [...] Tiene que ver con la agricultura de lo que son hortalizas. Tiene que ver con papa, cebolla, hortalizas, tubérculos. Todo eso. Y ya por parte de mi papá vendría a ser lo que es el café (Víctor [peruano residente en la CABA], comunicación personal, 2019).

En algunos de los abuelos y abuelas hallamos oficios no rurales. Pero no hubo personas entrevistadas que no tuvieran al menos un abuelo o abuela que trabajase la tierra. En el caso de María, que se jubiló como enfermera y tiene 65 años (33 de los cuales lleva viviendo en la CABA), su abuela materna “vendía, distribuía, ropa de bebés, los pañalcitos, elementos, baberos, todas esas cosas” en ferias del cercado de Lima y sus alrededores; mientras de parte de su padre su abuelo y su abuela eran campesinos que migraron a la ciudad de Chimbote y posteriormente a las afueras de Lima, donde armaron “una chacra”, de la cual vivían: “lo que cultivaban lo vendían en el mercado y los animalitos también que criaban y vendían”. Aparecen excepcionalmente en la generación de los abuelos y abuelas las experiencias no campesinas; o, lo que es lo mismo, pocas de las personas entrevistadas heredaron de sus abuelas y abuelos experiencias propias de una clase trabajadora urbana.

Respecto al tipo de campesinado, podemos identificar dos grupos. Quienes poseían cantidades no menores de tierra y de ganado y quienes poseían más bien poco. Asimismo, también puede dividirse a los abuelos y abuelas en tres grupos: quienes llegaron a poseer directamente la propiedad de la tierra; aquellos que pertenecían a comunidades las cuales eran quienes poseían y subdividían la tierra entre las familiares comuneras; y algunos casos mixtos donde una parte de la tierra era privada y otra comunal.

Como observa Thompson (2012), sucesos aparentemente inconexos nos acercan a la clase de los/as trabajadores/as como una relación social, siendo los distintos empleos de una generación hilos que se trenzan en trayectorias laborales comunes. Los abuelos y abuelas de las personas entrevistadas vivieron —y algunos aún viven— en zonas del Perú muy alejadas unas de otras, especialmente en la sierra; y accedieron a parcelas de tierra de distintos tamaños, pero en su amplia mayoría conformaron un campesinado dueño de pequeñas parcelas de tierra. Parcelas que los padres y madres de las personas entrevistadas trabajaron en su niñez y juventud, pero que abandonarían más adelante para incorporarse al mercado laboral urbano.

Al referirse al trabajo de los padres y madres que no migraron a la ciudad, las personas entrevistadas también mencionaron únicamente el campo. Por ejemplo, José (39 años, 12 en la CABA, encargado

de edificio) cuenta que “ambos, mi papá y mi mamá, se dedican a la agricultura, crían animales: la vaca, la oveja... Hasta hoy. Hoy en día siguen con eso”. Víctor inclusive nos cuenta que las familias de sus amigos y amigas de la escuela “todos trabajaban en la chacra” y que cultivan los mismos productos. Efectivamente, eran bastante similares las opciones de aquellas personas que se quedaban en sus pueblos; mostrándose la migración dentro de Perú como la única opción distinta:

—E: Y tu mamá y tu papá, ¿se dedicaron a lo mismo que tus abuelos o tenían otro trabajo?

—A: No, lo mismo que mis abuelos. Y ya conforme un poco más se desarrolló mentalmente, [mamá] se fue para el Cusco. Y ahí emprendió a hacer lo que hace todo provinciano, ¿No? Tratar de emerger, de salir adelante (Alan [peruano residente de la CABA], comunicación personal, 2020).⁴

La madre de Alan migró del pueblo de sus padres a la ciudad de Cusco, una de las principales capitales del sur de Perú. Al igual que la madre de Isabel (31 años, 11 años en la CABA, programadora), que migró sola a los 8 años escapando de “una crianza muy dura”, rumbo a Trujillo: “porque esa ciudad tiene prosperidad con la pesca, muchas industrias pesqueras, entonces había oportunidad de trabajo”.

Ahora bien, no todas las personas que migraron lo hicieron de la misma forma. Algunas buscaron un trabajo asalariado estable en un entorno urbano no tan alejado de sus parcelas. De esa forma los padres varones de las personas entrevistadas vivían la mayor parte del tiempo en los pueblos donde trabajaban, mientras el resto de sus familias se quedaban viviendo en el campo. Tal es el caso del padre de Dora, que trabajaba en la “fábrica embotelladora Inca Cola”, y el narrado por Teresa (48 años, 27 en la CABA, ama de casa), cuyo padre trabajó de operario en dos fábricas y luego de conserje en una escuela.

Las madres en estos casos sólo aparecen al final de las entrevistas, cuando preguntamos por sus empleos. Dora, por ejemplo, dice que su mamá no trabajaba, sino que estaba “siempre en casa”. Desde cocinar y limpiar hasta fabricar colchones para la venta, o cultivar y criar ganado; todo se nos presenta como parte del no-trabajo que implica para las entrevistadas ser ama de casa.⁵ Al igual que en el caso descrito por Dalle (2016) en su análisis de trayectorias de movilidad social desde las clases populares en el AMBA, nuestras entrevistadas asocian

4 Alan, 26 años, 6 años en la CABA, empleado de verdulería.

5 En relación a la práctica de la vivienda productiva de los hogares de migrantes, se recomienda el capítulo de Díaz de este libro.

al padre el rol del trabajador que aporta el sustento material del hogar y a la madre el rol de protectora del mismo, quedando el trabajo de las mujeres invisibilizado.

Distinta en cambio es la experiencia de las madres y padres que migraron a las principales ciudades de Perú. Isabel, por ejemplo, dice que tanto su padre como su madre trabajaban en Chimbote. Su padre fue primero carterista y luego albañil. Su madre “trabajaba en el mercado de abastos de la ciudad, vendía cosas, desodorantes, pescadería, verdulería, pero siempre lo comercial”. Alan, que vivió desde pequeño solo con su madre, cuenta que ella trabajó siempre en “lo que es la comida. Vender desayunos, almuerzos; cenas de vez en cuando; cuando había algún evento, alguna festividad, ponelo, que atrajera gente, salíamos a la calle a vender”.

De la misma forma que los pocos abuelos y abuelas que migraron a las ciudades, estas madres y padres lograron insertarse económicamente en conjunto como vendedores/as ambulantes, puesteros/as, costureras, ladrones/as de poca monta, albañiles, tejistas; es decir, dentro de un segmento particular de la clase trabajadora urbana. Población que forma parte de la *clase trabajadora informal*, en la medida en que sus empleos no están regulados por el estado peruano; desempeñándose como asalariados/as sin contrato de trabajo o como cuentapropistas que realizan actividades económicas de subsistencia (Elbert, 2020).

Se observa entonces que los abuelos de las personas entrevistadas fueron en su mayoría campesinos, trabajando parcelas de tierra que eran de su propiedad. Los padres de las personas entrevistadas se educaron en el campo en su mayoría, teniendo sus primeras experiencias de clase en el seno de sus familias y de las comunidades campesinas de las que formaban parte. Sin embargo, la mayoría de estos padres y madres tuvo que migrar y buscar trabajo en centros urbanos. Un grupo se mudó directamente a las principales ciudades de Perú; otro grupo de padres y madres, en cambio, dividió su migración según el género, marchándose los varones a los centros urbanos más cercanos y quedándose las mujeres con el resto de la familia en la chacra, siendo recién sus hijos e hijas quienes llevarían adelante la experiencia de migrar a las grandes ciudades.

TRABAJAR EN PERÚ. EXPERIENCIAS COMPARTIDAS DE CLASE

Algunas de las personas entrevistadas, como Víctor, recuerdan que en su infancia “allá en el campo” se dedicaban a “ayudar a mis viejos, estudiar y ayudarle en la chacra”.

El trabajo infantil parece ser una práctica común en las personas entrevistadas: “De los 6, 7 años yo ya sabía trabajar”, precisa José.

Práctica extendida también fuera de las tareas rurales. Isabel cuenta que su madre:

[...] la hizo trabajar desde los 8 años en los negocios: tenía un cuchillo más chiquito para cortarle la cabecita a los pescados más pequeños, mis hermanos se encargaban de las tripas, cada quien tenía una tarea específicamente para su edad y cuando se hizo restaurante el negocio yo atendía (Isabel [residente peruana en la CABA], comunicación personal, 2020).

Obligadas o no por sus padres, buena parte de las personas entrevistadas, particularmente los varones, han trabajado desde adolescentes realizando tareas manuales no calificadas pagas. Omar cuenta, por ejemplo, que “con 14 o 15 años” trabajaba “en un almacén de venta de productos mayoristas [...] Empaquetaba las bolsas de arroz que no venían, digamos, venían los sacos de arroz de 50 kg. Y había que ponerlos de un kilo pesándolos y etiquetándolos”. Para las mujeres, en cambio, el proyecto familiar principal parece ser la finalización de los estudios formales. Recién luego de terminar el secundario la mayoría busca un primer trabajo fuera de su hogar. Como refiere, por ejemplo, María: “Terminé el secundario y [...] en enero y febrero yo ya empecé a trabajar” en “una librería distribuidora, de útiles escolares y de textos. Y ahí trabajé toda la campaña para ingreso escolar [...] Vendía libros, textos y artículos de librería”.

Las mujeres tienen menos libertades para ingresar al mercado laboral. El padre de Dora, por ejemplo, se negó a que ella trabajase mientras estudiaba en la universidad y, cuando ella empezó a trabajar en secreto, éste dejó de darle dinero para que prosiguiese sus estudios. Teresa, a su vez, quien es la única de las entrevistadas que no migró fuera de su pueblo antes de viajar a Argentina, cuenta que, salvo por los viáticos que le daban para hacer apoyo escolar a niños/as y adolescentes, no consiguió en su pueblo otro trabajo en el cual se le pagase: “es un pueblito chiquitito, y todos los habitantes de ahí nos dedicamos a la ganadería y a la agricultura. Yo, después del colegio, me iba al campo”.

Las posibilidades laborales para las mujeres no eran muchas, estando concentradas en ciertos rubros no especializados. El relato de Isabel es elocuente al respecto. Criada en Trujillo, estudió en un colegio técnico buscando una salida laboral por fuera de las tareas de cuidado. Sin embargo, a pesar de tener aptitudes y credenciales que la habilitan formalmente para dichas tareas, es redireccionada constantemente por sus mayores y por las instituciones de su ciudad para que trabaje en empleos subalternos altamente feminizados, como el de secretaria.

Situación que se extiende también a Lima. María, que ya para aquel entonces era licenciada, nos cuenta que no percibía remuneración por su trabajo en los hospitales de la ciudad capital. Porque luego de licenciarse de enfermera, la entrevistada cuenta que sólo obtuvo un trabajo “en las afueras de Lima” en el que no la “nombraban” (contrataban), motivo por el cual estuvo “como un año trabajando gratis”. “La idea [explica María] era al principio para adquirir experiencia, pero también abrirme y conseguirme un espacio. Pero no había forma y no me daban ni para los viáticos. Yo tenía que pagarme [...] el instrumental que usaba, mis alimentos, todo”.

Los varones muestran tener experiencias más variadas en el mercado de trabajo peruano. Alan, por ejemplo, luego del taller de refrigeración, trabajó en “lo que es cocina”. “Pero antes de eso entré a lo que es atención al público. Y atendí en un cyber, ahí estuve un tiempo [...] Hasta los 23 [...] cuando yo vengo aquí”. Experiencia similar a la de Víctor, que a los 15 años se muda a Lima con sus primos y al poco tiempo empieza a trabajar con ellos en el rubro de la costura. Rubro en el cual fue rotando de un taller a otro en Lima.

Distinto es el caso de José, quien si bien también rotó de un trabajo a otro, logró formar parte de un segmento de la clase obrera formal. El entrevistado trabajó primero cinco años en la construcción. Algunos en su provincia natal; luego, ya con contratos formales, construyendo torres eléctricas en otras provincias. Posteriormente, trabajó tres años en dos empresas mineras. Experiencias, las primeras, de trabajo manual no calificado, que califica de “sacrificado” y “a pulmón”. Su último empleo en Perú, en cambio, es en una empresa minera diferente, “mecanizada”, más “conocida”, multinacional, que contrataba muchos empleados.

De lo cual se destaca que el entrevistado cambia constantemente de empleo, jugando un rol relevante en los cambios de empleo el afán de “conocer otros lugares” o tener un trabajo menos “sacrificado”. Pero no así el salario ni el crecimiento laboral. Esto lo pudimos observar cuando preguntamos a José si en su último empleo le pagaban más: “Unos centavos más, sí [...] La mina sí siempre es un poquito más”, contesta el entrevistado y luego agrega que allá hay dos sistemas de trabajo: “uno 14 días trabajas; y el otro era 20 días”. 14 días seguidos en que se trabajan jornadas de 12 horas diarias, con 7 días posteriores de descanso; y 20 días seguidos en que se trabajan jornadas similares diarias, con 10 días posteriores de descanso.

Se observa que, si bien la minera multinacional opera con mejor maquinaria y mayor capital, no por ello paga tanto más a los obreros ni los hace trabajar jornadas menos extensas; mostrándonos que resulta difícil hablar de crecimiento laboral significativo. Lo cual se ve

mejor en las trayectorias solamente informales, como la de Alan, que dice: “Toda la vida trabajé en negro [...] [y] creo que en ese tiempo nunca me interesó que me ofrecieran [...] trabajar en blanco”. Porque, de obtener un contrato formal, “ponele que estaría un tiempo allí. Después habría otra cosa o algo que me llame más la atención y me iba [...] eso es lo bueno de tener amigos [...] en todo rubro”.

El constante cambio de empleo, que se da algunas veces al interior del mismo rubro económico y otras a través de distintos rubros, aparece, no como una forma de ascenso laboral, sino como un indicio de que las personas entrevistadas no ven perspectivas significativas de crecimiento en el mercado de trabajo de Perú. En Perú, al igual que en buena parte de América Latina, los sectores económicos no típicamente capitalistas, lejos de desaparecer con el despliegue del modo de producción en la región, han perdurado, siendo una parte relevante de su formación económica-social (Nun, 2003; Quijano, 2014). La clase trabajadora informal, en este sentido, es la que se desempeña en estos rubros no regulados por las instituciones del Estado nacional y está conformada por personas asalariadas sin contrato de trabajo y cuentapropistas que realizan actividades de subsistencia (Elbert, 2020). Se trata de un segmento de la clase obrera que es sobreexplotado mediante extensas jornadas de trabajo y bajos salarios y que, además, no goza de los mismos derechos de trabajo ni de estabilidad laboral que los/as trabajadores/as asalariados/as formales prototípicos, siendo muy fáciles de despedir.

Una situación de clase precaria que observamos antes en la generación de los padres y ahora en las personas entrevistadas. Son experiencias que dan cuenta de malas condiciones de trabajo; a las que se suma el difícil e infrecuente acceso a la clase trabajadora formal. Un sector que, dada la existencia de un gran ejército reserva, ofrece también difíciles condiciones de empleo.

La migración a la ciudad, en este sentido, aparece como una experiencia contradictoria en términos de clase, pues mientras antes trabajaban en las tierras de su familia o de su comunidad, ahora deben vender su fuerza de trabajo a personas desconocidas. Pasan entonces de vivir en hogares cuya propiedad es de su familia a alquilar u ocupar tierras. Estos cambios en un primer momento aparecen como un empeoramiento de las condiciones de vida, pero dos factores explican la decisión de migrar lejos del hogar paterno. Por un lado, como vimos, las opciones en el campo eran o migrar o continuar trabajando la tierra familiar, pero el trabajo en dicha tierra para ser productivo requiere de terminada cantidad de mano de obra, lo cual tiende a expulsar a la mano de obra sobrante, es decir a los/as hijos/as que deben renunciar a su herencia para probar suerte en las ciudades. Por otro

lado, quienes migran a las ciudades vivencian experiencias hasta entonces lejanas, como el acceso a nuevos tipos de consumos. Al mismo tiempo, la ciudad es concebida antes y después de migrar como un lugar de “mejora”.⁶ Sin embargo, las primeras experiencias en la clase trabajadora urbana no parecen satisfacer tal expectativa. En el caso de las mujeres, porque estudiar es difícil y no siempre da los frutos esperados, mientras que, en el caso de los hombres, porque parece ser poca la posibilidad de ascender socialmente solo trabajando. Esta situación empeora a fines de la década del ochenta, cuando a los problemas estructurales de la formación económico-social peruana se le suma una agravada crisis económica y política (Cotler y Grompone, 2000). Fue una crisis cuyo punto máximo fue la dictadura de Alberto Fujimori, quien gobernó Perú entre 1990 y 2000, protagonizando uno de los periodos más sangrientos de la historia peruana. Migrar entonces parece ser nuevamente una posibilidad, solo que esta vez fuera de Perú.

PRIMEROS EMPLEOS EN BUENOS AIRES

Veamos ahora cuáles fueron las primeras experiencias laborales de las personas entrevistadas al migrar de Perú a la CABA. Víctor cuenta que al llegar su pareja lo presentó con el dueño de un supermercado que ella conocía. Allí primero fue repositor y, posteriormente, encargado de la verdulería, trabajo que actualmente conserva. José también empezó trabajando en un supermercado. Aunque él en un primer momento buscó trabajo en “varias construcciones” pero al estar tramitando todavía el Documento Nacional de Identidad (DNI) no era contratado. Por lo cual, “al tercer mes [...] me encontré un chino que necesitaba un repositor. Y bueno. Total, me meto en cualquier lado. Si es para lavar platos, me meto”.

Otros entrevistados tuvieron sus primeras experiencias laborales directamente en verdulerías. Dora vino directamente de Perú para trabajar en la verdulería de una familiar de una amiga suya. Negocio del que primero fue cajera y actualmente es encargada. Alan también vino de Perú ya teniendo empleo en una verdulería, la misma que Dora, solo que él luego de un tiempo renunció. Teresa también trabajó en una verdulería al llegar, solo que obtuvo el empleo ya en Argentina y su tarea no era ser empleada ni encargada, sino niñera de los hijos de los dueños, tarea a la que luego del primer mes se le sumó la atención de la verdulería.

6 Para analizar la situación actual de las personas peruanas y migrantes residentes en Perú, se recomienda la lectura del capítulo de Pereyra et al.

Pero, a diferencia de Dora y José, Teresa duró muy poco en ese trabajo, porque “ellos me pagaban muy poquito, y tampoco tenía tiempo libre. O sea, era de lunes a lunes, y el domingo a la tarde te daban un ratito nada más”. Buena parte de las personas entrevistadas, tanto varones como mujeres, empezó trabajando en supermercados o verdulerías, dedicándose a la recepción de mercadería, a la reposición de stock en las góndolas y a la venta de dichas mercancías.

Otro nicho laboral para las trabajadoras peruanas es el del empleo doméstico. La mayoría de las entrevistadas ingresaron al mercado laboral argentino en dicho rubro. María, por ejemplo, cuenta que al llegar a la CABA en 1989 se dedicó “un poco a la gestión de mis trámites de residencia y después empecé a trabajar en la misma zona donde vivía mi tía, cuidando a una señora”. Trámite, el de la obtención del “documento precario”, sin el cual no podía trabajar formalmente de su profesión, que es la enfermería. Lo mismo que Teresa, quien empezó cuidando niños en una verdulería; o Rosa, que fue contratada como empleada doméstica por una familia, con la cual aún trabaja.

En cambio, Isabel, que migró en 2010, da cuenta que su situación laboral empezó “de cero”, siendo “en las ferias ayudante o vendedora [...] Tenía mi hermano que vivía acá y a mi mamá. Yo vivía con ellos y trabajaba para mi hermano”. Isabel cuenta que en la feria para vender “tenía que pagar, porque hay mafias”. Y que cuando ella quería “vender a un lugar cuando todavía no tenía [pagado] un puesto fijo [...] [otros vendedores] me querían mover de un lugar a otro, o me querían pegar y yo me paraba de manos [...] Operación defenderme [...] a las piñas”.

Vemos entonces que al llegar a la CABA las personas entrevistadas pasan a formar parte de la clase obrera informal. Es decir, pasan a desempeñarse como personas asalariadas “en negro” y, en menor medida, como cuentapropistas que realizan actividades económicas de subsistencia. Clase trabajadora informal dentro de la cual tienden a insertarse al llegar al país, particularmente en dos rubros: el comercio (supermercados, verdulerías, puestos en ferias, etc.) y el empleo doméstico y de cuidado.

SUPERMERCADOS Y VERDULERÍAS

De las personas entrevistadas que empezaron trabajando en verdulerías o supermercados en la CABA, solo Alan cambió de empleador pero no de rubro. Y al ser consultado por el motivo del cambio, él contestó que “uno siempre busca lo mejor para uno”, la “estabilidad personal”; si “acá me ofrecen algo y me ofrecen algo más tentador, bueno, se lo diré [al empleador]”. La estabilidad, aclara el entrevista-

do, entendida como algo más “personal” que “económica”, priorizando el trato y por sobre todo el control del tiempo.

Sobre este punto es importante detenerse. En su primer empleo, Alan trabajaba de lunes a sábados “de siete de la mañana a nueve de la noche”, 14 horas por día, 84 horas por semana. En cambio, en el segundo y actual empleo, trabaja de lunes a viernes de ocho de la mañana a nueve de la noche (13 horas al día) y los sábados de nueve de la mañana a nueve de la noche (12 horas), trabajando “un sábado sí y un sábado no”. Es decir, trabajando algunas semanas 65 horas y otras 77 horas.

La legislación laboral argentina (Ley 11.544) establece que una jornada laboral no debe superar las 8 horas diarias o 48 horas semanales. Cifra que es cerca de la mitad de lo que trabajaba Alan en su primer trabajo. Cuando el trabajo es realizado por equipos, la legislación establece que la jornada puede extenderse hasta las 54 horas semanales, en la medida en que las horas extras sean remuneradas con un 50% más en relación al salario normal y un 100% cuando se trata de días feriados, sábados después de las 13 horas o domingos. Asimismo, las horas extra nunca deben ser más de 3 horas por día, 30 por mes y 200 por año. Normativas cumplidas solo muy parcialmente en el segundo trabajo de Alan, que pagaba doble únicamente los feriados, no así las por lo menos 4 horas diarias extra que trabaja Alan todos los días.

Sobre estos dos puntos, dinero y tiempo, Alan dice en reiteradas ocasiones que el primero no es lo que más le interesa: “yo no soy de esas personas que están más por el dinero, sino por el trato. No sé si a vos te pasa. Donde te sientes más cómodo es donde tú te puedes explayar más”. Ahora bien, ¿a qué califica de mejor trato, de “explayarse más”? Al hecho de controlar el ritmo de su trabajo, a cuánto y qué se hace en determinado tiempo y en qué momento. Dora, que también llegó a la Argentina directamente a trabajar en una verdulería, narra experiencias parecidas:

—D: [Ni bien llegué] me dejaron como encargada de todo. Tenía que estar pendiente del personal, de las faltas que tuvieron, de todo. De la mercadería, si llegó completo o faltó algo [...] estar pendiente de que no falte nada al cliente, de que todo vaya en orden [...]

—E: ¿Por qué sentiste que te ascendieron a vos y no a tus compañeros?

—D: No sé. No creo que me hayan ascendido [...] Me sumaron una tarea más. Y de mis compañeros no sé [...] Yo empecé en el local en caja, y a los 15 días [la dueña] me llevó al otro local y ahí es donde me dejó como encargada. Pero no sé por qué.

—E: ¿Ganás más dinero que cuando estabas en caja, o fue lo mismo?

—D: Lo mismo [...]

—E: ¿Y de qué hora a qué hora trabajas?

—D: Ahora, después de la pandemia, desde las ocho, nueve [am], hasta las nueve [pm]. Pero antes, desde las siete [am] hasta las nueve [pm] (Dora [peruana residente en la CABA], comunicación personal, 2020).

Estas largas jornadas de trabajo son confirmadas por las otras personas entrevistadas que trabajaron en el rubro. Teresa agrega que, con sus primeros empleadores, quienes eran también peruanos, “tampoco tenía tiempo libre” porque el trabajo era “de lunes a lunes, y el domingo a la tarde te daban un ratito nada más”. Víctor, a quién entrevistamos en su lugar de trabajo frente a su jefe, no pudo entrar en detalles sobre sus condiciones laborales, pero sí nos refirió que trabajaba de domingo a domingo, atendiendo él solo la verdulería del supermercado durante todo el día, aproximadamente 12 horas diarias, 84 horas semanales.

Por otro lado, vemos que en la verdulería las tareas que realiza cada trabajador pueden variar un poco, pero lo que no varía son los salarios, que siempre son presentados como similares y bajos. Lo que puede variar un tanto más es la forma de trato con el jefe, la libertad en el trabajo y, aunque siempre incumpliendo la legislación vigente, la extensión de la jornada laboral. Motivos, estos tres, por los cuales las personas trabajadoras peruanas de este rubro optan por cambiar de empleadores antes que por disputar mejoras en sus condiciones laborales.

Por otro lado, las personas entrevistadas refieren que las verdulerías y los supermercados, sean de dueños peruanos o no peruanos, se presentan como una opción rápida de trabajo para las personas de Perú que no logran tener su documentación al día. No obstante, por lo mismo, se observa que las condiciones más adversas de trabajo para estas personas entrevistadas fueron al momento de la llegada al país. Posteriormente, buena parte de las personas entrevistadas tiende a buscar condiciones de trabajo más favorables, intentando cambiar de empleo, de rubro o, en menor medida, negociando con sus empleadores; aunque en varios casos no se advierten cambios ni de rubro ni de empleadores.

EMPLEOS DOMÉSTICOS Y DE CUIDADOS

Veamos ahora el caso de las entrevistadas que trabajaron como cuidadoras y empleadas domésticas. Teresa, por ejemplo, estuvo seis años como empleada en un hogar familiar. Los primeros dos años ella se “dedicaba solo a la cocina, a cocinar y a lavar. Y después de un tiempo, la señora me dijo que ella prefería que yo me ocupe de sus hijos”, “de llevarlos al colegio, darles de comer”.

Comparando con su trabajo anterior, cuyos jefes eran de Perú, la entrevistada dice de su segundo empleo: “Ahí sí tenía tiempo para descansar, fin de semana no trabajaba. Pero era con cama [adentro]. Pero tenía más tiempo y me pagaban muy bien, me pagaban feriado, el aguinaldo [...] Ahí trabajé por 6 años”. Teresa entonces dice preferir trabajar 6 días a la semana sin retiro —es decir, desde que se despierta hasta que se duerme, cerca de 16 horas diarias y 96 horas semanales— para un hogar argentino antes que trabajar con retiro 7 días a la semana jornadas de entre 14 y 12 horas con solo una tarde de descanso los domingos para sus compatriotas (cerca de 84 horas semanales); siendo el salario, el no-pago de alquiler y el día libre la principal diferencia entre un empleo y otro.

Distinto es el relato de Isabel, que trabajaba mediante una agencia, la cual le “parece una de las peores formas de trabajar”:

—I: No te cuidan, no hay ningún valor humano, sos un objeto, una cifra, no sé, ni siquiera conoces nunca a tus empleadores, nunca hay reuniones para conocer a tus compañeros. Si te maltratan en el trabajo a ellos no les importa, te pueden cambiar como si nada, siempre hay gente que necesita y se la va a bancar [...] esta empresa a nosotros no nos contrata en relación de dependencia, no nos contratan, toman a monotributistas [...] en mi caso yo iba a la casa de las personas y ahí encuentras personas que son más o menos amables y hay otras personas que son más, son personas que nadie en el universo se banca, personas que ya están [en] las últimas de su vida, que se dedican a hacerle la vida imposible a su cuidador.

—E: ¿Cómo te sentiste ese tiempo?

—I: Fue la peor época de mi vida [...] creo que primero fue el hecho de que trabajas para una agencia donde no conoces ni siquiera al coordinador no hay ni siquiera un almuerzo para los empleados no conoces colegas, nada, sos algo invisible (Isabel [residente peruana en la CABA], comunicación personal, 2020).

Las experiencias de Isabel en el servicio doméstico son ante todo negativas. Al fragmento recién citado se suman otros en los que narra distintos tipos de abusos laborales que sufrió, desde empleadores que la despidieron por no aceptar regalos a otros que intentaron tocarla. También hay quejas sobre la falta de compañeros/as y sobre la modalidad de contratación. Porque si bien trabajaba “en blanco”, ella lo hacía de forma precarizada y terciarizada en tanto monotributista. Modalidad avalada por la ley laboral argentina que hace que muchos/as trabajadores/as en relación de dependencia aparezcan formalmente como trabajadores/as independientes, teniendo que pagar ellos mismos lo que deberían pagar sus empleadores/as: derechos laborales como la obra social o los aportes jubilatorios.

Pero no todas las experiencias laborales en el empleo doméstico o realizando actividades de cuidados son descriptas como conflictivas o negativas. Teresa, por ejemplo, si bien primero narró negativamente el mes en el que cuidó niños en una verdulería, sí se refirió de forma positiva a su trabajo posterior como adentro en un hogar argentino, donde trabajaba *en negro*, pero sin intermediarios. Trabajo al que renunció para ser ama de casa:

—E: Actualmente, ¿Trabajás?

—T: Yo soy ama de casa. Obvio que en mis tiempos libres trabajo, siempre trabajé. Desde que dejé de trabajar en casa de familia, cuando me junté trabajé con mi esposo. Mi esposo es sastre, entonces yo en algunas cosas le ayudo. Antes trabajó en casa, en donde llegó a tener el taller. Entonces trabajaba en casa, y ahora él trabaja en otro lugar. Pero siempre tiene algún trabajo para hacer. Yo he aprendido mucho de él, y le voy ayudando en lo que puedo, le voy preparando para que él lo realice, en mis tiempos libres. Yo me ocupo mucho de mis hijos, me ocupo más de mi casa. Yo tengo tres hijos. (Teresa [residente peruana en la CABA], comunicación personal, 2020).

Es significativa la escisión entre ser ama de casa y trabajar que expresa la entrevistada. Sobre todo, porque dicho en estos términos, ella decidió no trabajar. Aunque en realidad siguió trabajando, sólo que sin cobrar salario y dentro de su hogar realizando tareas de cuidado. Tal es así que puede decirse que el trabajo que realizaba en la casa particular en la cual trabajaba y el que pasó a realizar posteriormente en su hogar no solo es similar, por implicar las mismas tareas, sino que se mantiene dentro de la esfera de la reproducción social.

María, por su parte, llegó al país en 1989 y consiguió sin problema trabajo como enfermera, cuya licenciatura había estudiado en Perú. María cuenta que ascendió dentro de las instituciones de salud en las que trabajó hasta jubilarse, llegando a ser jefa de enfermería. Salvo por los meses en los que cuidó una anciana mientras tramitaba sus papeles, cuando llegó a la CABA, la entrevistada siempre trabajó *en blanco*, en una jornada laboral supeditada a la normativa laboral local vigente.

Estos elementos parecen indicarnos que su experiencia laboral tiene un signo distinto al de las demás entrevistadas. Sin embargo, a pesar de ser distinta en algunos aspectos, sus vivencias se enmarcan en experiencias comunes compartidas por las entrevistadas.

Mallimaci Barral (2018), en un estudio sobre el género y el trabajo doméstico migrante, observa que muchas mujeres migrantes “circulan entre diferentes actividades de cuidado” llegando a constituir una “carrera informal” en el sector. Las enfermeras que entrevista la autora

describen cómo sus primeros trabajos en el empleo doméstico, el cuidado de ancianos y el aprendizaje de las labores del hogar enseñado por sus madres fueron cimentando los momentos tempranos de su aprendizaje de la enfermería. Ello nos muestra que, si bien hay una diferencia significativa entre las condiciones de trabajo de una enfermera y de una empleada doméstica, no son estas experiencias dicotómicas ni excluyentes. Carrera informal a la que en nuestro caso podríamos agregar el trabajo de ama de casa, como es el caso de Teresa.⁷

TRABAJAR DURANTE LA PANDEMIA DEL COVID-19

A lo largo de la pandemia provocada por la enfermedad del COVID-19, hubo distintas restricciones implementadas por el Estado argentino para reducir el contagio en el territorio nacional. Una de las más importantes fue pasar de la modalidad laboral presencial al trabajo remoto en todos aquellos rubros económicos que no fueran catalogados de esenciales. Es decir, en el marco de la restricción a la libre circulación, solo siguieron yendo a su lugar de trabajo presencialmente aquellas personas que se desempeñaban en rubros considerados esenciales para garantizar la reproducción de la sociedad capitalista argentina (gastronomía, salud, etc.).

Las personas entrevistadas trabajaron en dicho periodo. Como Omar, que salía “con permisos a trabajar porque estaba haciendo UBER”. Más adelante, inclusive, inició con su familia “un emprendimiento de [venta de] verduras y pescados”. Sin embargo, al poco tiempo “dejamos el emprendimiento de lado. No seguimos por temor a contagiarnos incluso, yo estuve internado casi 20 días”.

El tener contratos o modalidades formales de trabajo era un requisito para acceder a los permisos de circulación sin los cuales supuestamente no se podía ir al lugar de trabajo. No obstante, las personas entrevistadas con trabajos *en negro* siguieron realizando sus labores. Ninguna dijo haber sido revisada o controlada cuando iba a su lugar de trabajo. Alan, por ejemplo, llegó al extremo de decir que “es lo mismo”, a la hora de comparar su vida antes y después de la pandemia, explicando que, dada la cantidad de horas que trabaja en la verdulería, en el resto del tiempo que le queda prácticamente no hace otra cosa que dormir. Lo mismo que Dora, quien cuando le preguntamos cómo pasó la pandemia contestó: “Trabajando. No me da cuenta [de] que pasaron tantos meses, trabajando todos los días como siempre. Con la diferencia de que había poca gente que venía al local”.

7 Para profundizar en esta temática, sobre las trabajadoras del hogar se recomienda la lectura del capítulo de Crettex, situado en Barcelona (España).

Distinto fue el caso de las mujeres que trabajan realizando tareas de cuidado. Rosa, que realiza labores “cama adentro” y no alquila ni posee otra vivienda a la cual ir en sus francos, dejó de tener la posibilidad de salir de su lugar de trabajo libremente, pasando a estar allí todos los días de la semana. Cuando la entrevistamos en pandemia, por ejemplo, fue en su único momento libre: un viernes a las 12 horas de la noche por videollamada. Rosa nos comentó que extrañaba la libertad de poder pasear sola o, inclusive, con la señora a quien cuida, porque en pandemia no podía salir a ningún lado sin que la lleve en automóvil el hijo de su jefa.

Este incremento del trabajo en detrimento de la libertad y la privacidad también aparece en aquellas que realizan tareas de cuidado sin recibir salario. Tal es el caso de Teresa, que plantea que “fue complicado acostumbrarnos, en todo aspecto”. Antes de la pandemia, cuando su marido estaba en el trabajo y sus hijas en la escuela, la entrevistada dice que podía administrar sus quehaceres, realizando sus tareas con música o el noticiero de fondo, en el orden de su parecer e inclusive aprovechando algunas de sus tareas, como el ir de compras, para pasear y conversar con gente. A partir de la cuarentena, en cambio, ella debía trabajar en silencio, evitando circular por la mayoría de los espacios de la casa, quedando recluida a lugares como la cocina o su cuarto, sin poder siquiera “usar internet” vía wi-fi para no hacer lenta la conexión a internet del resto de los miembros del hogar, que son vistos por la entrevistada como prioritarios.

Se advierte que las personas entrevistadas, por ser sus labores indispensables para la sociedad, trabajaron de forma presencial durante toda la cuarentena, a pesar de que en la mayoría de los casos no contaban con contratos de trabajo, por el hecho de ser considerados sus trabajos como esenciales para la reproducción de la sociedad local. Lo cual muestra el grado de precariedad en el cual se desempeñan. No solo son de los segmentos de la clase trabajadora que tienen jornadas de trabajo más extensas, sino también son quienes enfrentan condiciones más vulnerables, quedando expuesta su salud en un momento sanitario crítico. Hecho agravado por no poseer aseguradoras de riesgos del trabajo (ART) ni obra social de salud, como sí posee la clase trabajadora formal. Asimismo, se halla que, dentro de este grupo, las más afectadas fueron las mujeres que trabajan realizando tareas de cuidado tanto de forma asalariada como no asalariada.

CONCLUSIONES

A partir del relato de las personas entrevistadas se advierte un proceso general de migración del campo a la ciudad. Y el pasaje intergeneracional de la clase campesina a la clase trabajadora urbana, prin-

cialmente en empleos en sectores informales de la economía. Las personas peruanas de clase trabajadora en la CABA tienen orígenes campesinos comunes en la sierra peruana. Los abuelos y abuelas y buena parte de los padres y madres de las personas entrevistadas tuvieron en su mayoría experiencias de clase campesinas en Perú, trabajando en la chacra. En cambio, las personas entrevistadas y el resto de las madres y padres migraron a grandes ciudades peruanas y obtuvieron empleos manuales no calificados, formando parte del proletariado informal. Segmento de la clase obrera con escasas expectativas de mejoras. En especial en el caso de las mujeres, que en su mayoría trabajaban dentro y fuera del hogar sin percibir salario. Situación de clase de poca estabilidad agravada por la crisis económica y política que se inicia en Perú a fines de la década del ochenta y que se extiende durante la dictadura de Alberto Fujimori.

La migración a la Argentina aparece entonces como una posibilidad, principalmente por el tipo de cambio de la década del noventa, cuando un peso argentino equivalía a un dólar, posibilitando el ahorro y el envío de remesas. En la CABA las personas entrevistadas pasan a formar parte de la clase trabajadora no calificada, desempeñándose informalmente, sobre todo como empleadas en locales de comercio (y en ferias) y en el cuidado de personas y el empleo doméstico. Rubros con condiciones laborales precarias. Jornadas laborales extensas que no cumplen con la legislación laboral argentina, la cual sobrepasan ampliamente. Con salarios exigüos en comparación con la duración de la jornada; trabajando casi siempre “en negro”.

Respecto a los rubros de trabajo, hallamos que en la CABA las mujeres realizan también labores de cuidado como en Perú, pero cobrando un salario por ello y en algunos casos inclusive de forma profesional como enfermeras; razón por la cual, retomando un trabajo previo sobre mujeres migrantes (Mallimaci Barral, 2018), planteamos que muchas trabajadoras peruanas en la CABA realizan una carrera informal dentro de las tareas de cuidado. Es decir, sigue siendo el empleo doméstico el principal nicho de trabajo de las migrantes peruanas, tal y como indicaron trabajos previos; sin embargo, advertimos que tal nicho no es del todo cerrado, sino que tiende ciertos puentes con otros empleos. Puentes que, si bien siguen estando dentro de la esfera de la reproducción social, son cualitativamente diferentes e implican una cierta —aunque por ahora débil— movilidad social ascendente, como es el caso de las enfermeras.

El caso de los varones es diferente. Un estudio previo mostraba que las personas trabajadoras peruanas varones en el AMBA no tenían nichos de trabajo como sí los bolivianos y los paraguayos pero que tal eventualidad podía deberse a que en aquel entonces la migración

peruana era relativamente reciente (Bruno, 2009). Más de una década después, advertimos un posible nicho para varones y también mujeres de Perú en los empleos de comercio informal, tanto como asalariados informales como cuentapropistas que realizan actividades económicas de subsistencia.

Se advierte también que no es fácil el acceso al trabajo formal en las personas entrevistadas. En especial para quienes acaban de llegar al país, que no tienen la documentación al día. Posteriormente, una vez obtenido el DNI, hay rotación en los empleos y en menor medida en los rubros, pero por lo general dentro del segmento informal o, en algunos casos, como monotributistas. Lo cual se acerca a la hipótesis de la existencia de un mercado de trabajo dual (Piore, 1979), según la cual existe una segmentación del mercado de trabajo producida por el uso de las economías nacionales de trabajadores/as extranjeros/as para ocupar trabajos que soslayan los/as trabajadores/as autóctonos/as por su mal pago, su bajo prestigio y/o sus precarias condiciones laborales.

Por último, se halla un fuerte contraste entre lo esencial (queriendo decir indispensable) del trabajo de estas personas migrantes y las depreciadas condiciones laborales en que se desempeñan. Situación particularmente visible en la pandemia del COVID-19. Todo lo cual permite preguntarnos, en vistas de investigaciones futuras, si las experiencias heredadas y compartidas que tiene este segmento de la clase trabajadora son coronadas por el reconocimiento de sus miembros de una identidad de intereses común en tanto clase o segmento de clase; o si es otra la identidad y el vínculo que establecen entre sí sus miembros.

BIBLIOGRAFÍA

- Bruno, Matías (30 de octubre-2 de noviembre de 2007). Migración y movilidad ocupacional de peruanos en Buenos Aires [ponencia]. *Memorias de las IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Huerta Grande, Argentina.
- Bruno, Matías (4-6 de noviembre de 2009). Trayectorias laborales diferenciadas entre migrantes paraguayos y peruanos en el área metropolitana de Buenos Aires [ponencia]. *X Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. San Fernando del Valle de Catamarca, Argentina.
- Cerrutti, Marcela (2005). La migración peruana a la Ciudad de Buenos Aires: su evolución y características. *Población de Buenos Aires*, 2(2), 7-25.

- Cerrutti, Marcela y Maguid, Alicia (2007). Inserción laboral e ingresos de los migrantes de países limítrofes y peruanos en el Gran Buenos Aires. *Notas de Población*, 83, 75-98.
- Cotler, Julio y Grompone, Romeo (2000). *El fujimorismo: Ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Dalle, Pablo (2016). *Movilidad social desde las clases populares un estudio sociológico en el área metropolitana de Buenos Aires, 1960-2013*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- Debandi, Natalia; Nicolao, Julieta y Penchaszadeh, Ana Paula (eds.) (2021). *Anuario Estadístico Migratorio de Argentina 2020*. Buenos Aires: RIOSP-DDHH, CONICET.
- Elbert, Rodolfo (2020). *Uniendo lo que el capital divide: Clase obrera, fragmentación y solidaridad (Buenos Aires, 2003-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Govea, Julián (2012). Los migrantes de países limítrofes y de Perú en la Ciudad de Buenos Aires durante la década del 2000. *El impacto de las migraciones en Argentina. Cuadernos Migratorios*, 2, 293-322.
- Herrera Jurado, Bryam (2020). Qué sabemos acerca de los migrantes peruanos en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina). En María Di Virgilio, Mariela Díaz y Carmen Ledo García (eds.), *Bolivia en Argentina y América Latina. Trayectorias y políticas migratorias en contextos de plurilocalidad* (pp. 179-202). Buenos Aires: IMHICIHU-CONICET. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20201201014803/BoliviaenArgentina.pdf>
- Herrera Jurado, Bryam (2022a). Conseguir trabajo y vivienda. La solidaridad étnica de los trabajadores peruanos en la Ciudad de Buenos Aires (1990-2021). *Kula. Antropología y Ciencias Sociales*, 26, 10-25.
- Herrera Jurado, Bryam (2022b). Los pliegues de la racialización. Los trabajadores peruanos en la Ciudad de Buenos Aires (1990-2021). *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global*, 3(8), 1-19. <https://doi.org/10.46652/pacha.v3i8.98>
- Instituto Nacional de Estadística e Informática [INEI] (2021). Perú: Estadísticas de la emigración internacional de peruanos e inmigración de extranjeros, 1990-2019. https://www.inei.gov.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1857/libro.pdf
- Mallimaci Barral, Ana Inés (2018). Circulaciones laborales de mujeres migrantes en Buenos Aires: De empleadas domésticas a enfermeras. *Cadernos Pagu*, 54, 1-33.

- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1999). *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1975). *El manifiesto del partido comunista*. Buenos Aires: Progreso.
- Nun, José (2003). *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pacecca, María Inés (2-4 de noviembre de 2000). Vivir y trabajar en Buenos Aires: los migrantes peruanos en el Área Metropolitana [ponencia]. *Seminario La migración internacional en América Latina en el nuevo milenio de International Sociological Association*. Buenos Aires, Argentina.
- Piore, Michael (1979). *Birds of passage: Migrant labour and industrial societies*. Cambridge: University Press.
- Quijano, Aníbal (2014). “Polo marginal” y “mano de obra marginal”. En Assis Clímaco (ed.), *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 125-169). Buenos Aires: CLACSO.
- Robinson, Cedric (2019). *Marxismo negro. La formación de la tradición radical negra*. España: Traficante de sueños.
- Rosas, Carolina (2010). *Implicaciones mutuas entre el género y la migración. Mujeres y varones peruanos arribados a Buenos Aires entre 1990 y 2003*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rosas, Carolina y Gil Araujo, Sandra (2020). *La migración peruana en la República Argentina. Perfil sociodemográfico, acceso a derechos y acción colectiva*. Buenos Aires: OIM. <https://repository.iom.int/handle/20.500.11788/2374>
- Thompson, Edward Palmer (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. España: Capitán Swing.
- Vargas, Patricia y Trpin, Verónica (2005). Trabajadores bolivianos, chilenos y paraguayos en la Argentina: una aproximación en casos etnográficos. En Néstor Cohen y Carolina Mera (eds.), *Relaciones interculturales: Experiencias y representación social de los migrantes* (pp. 191-207). Buenos Aires: Antropofagia.